

caminos de revitalización 2011-2015

2012: NAZARET

Hna. Maria de Lourdes. Casa de la Juventud P. Burnier. Goiania. Brasil

Continuando en los pasos del seguimiento de Jesús, en la concreción del Reino y en el impulso de la Misión Continental, la Pastoral de la Juventud de América Latina, por medio del Proyecto de Revitalización: “*La Vida de la Juventud: Un camino de discipulado y misión*” – nos invita en este año 2012 a visitar la ciudad de Nazaret:

¿Vamos para Nazaret?

Conmoverse, caminar con... y cuidar: la espiritualidad y la mística de María y de Jesús.

Desde que salimos de “Emaús” (2008) – uno de los lugares de la revelación de Jesús resucitado, que continua presente en el anuncio de la Palabra en las Escrituras (Lc 24, 13 – 35) – estamos recorriendo los lugares visitados por Jesús y pretendemos llegar hasta Jerusalén: ¡lugar del Misterio Pascual, donde la Vida triunfó sobre la Muerte!.

Jesús tenía aproximadamente treinta años (Lc 3, 23), cuando deja a su familia, su vida de artesano en Nazaret y se dirige al desierto. Ciertamente sus padres no comprendieron totalmente su decisión, pero la acogieron recordando lo que les había dicho: “¿No saben que tengo que preocuparme de los asuntos mi Padre?” (Lc 2, 49). María, su madre, sumergida en un silencio orante que alimentaba su fe, busca comprender el misterio de su Hijo...

Nazaret de Jesús:

La experiencia en el desierto y la opción de fidelidad del Nazareno

En el desierto, Jesús se encuentra con Juan Bautista, un profeta original que invita a todos para un cambio radical de vida (Lc 3, 1 – 17). Solidarizándose con todo el pueblo que junto a las orillas del río Jordán, recibía un bautismo de conversión, Jesús se hace bautizar (Lc 3, 21 – 22). Lleno del Espíritu que recibió en el bautizo, Jesús es conducido al

desierto, donde permanece en comunión íntima con el Padre, durante cuarenta días (Lc 4, 1). Ese tiempo recuerda los cuarenta días de Moisés en la montaña del Sinaí (Ex 24, 18) y el camino de Elías al Horeb (1Re 19,8) – ¡lugar de revelación de Dios! Si el desierto evoca el lugar de silencio contemplativo de Dios y de su protección divina, también es lugar de probación del pueblo escogido durante el camino del éxodo (Ex 13, 18; 15, 22 – 18, 27; Núm 14, 1).

En el desierto, el poder del sistema opresor (diablo) desafía a Jesús como Mesías Liberador. Él es tentado a escoger el camino de lo extraordinario, del poder y del privilegio (Lc 4, 1 – 13). Tales tentaciones no se refieren a cosas malas en sí mismas, sino que causarían desvíos del Plan del Padre. Entonces, Jesús necesitó discernir, elaborar sus elecciones misionarias y, de acuerdo con su proyecto de vida, decidir y optar para ser coherente y fiel al proyecto mesiánico, en una entrega generosa a la voluntad de Dios y en solidaridad con la humanidad entera.

El relato de las tentaciones (Lc 4, 1 – 13), antes de Jesús iniciar, oficialmente, su actividad pública, apunta para la condición humana de Jesús, que madura su libertad por medio de opciones en su vida histórica. Su vivir, en gratuidad e intensamente, fue sostenido por una verdadera espiritualidad, o sea, Jesús fue guiado, conducido, orientado por el Espíritu de Dios – no de forma sumisa, sino en una relación íntima y única, en la libertad.

Como jóvenes discípulos y discípulas de Jesús no basta con vernos y quedarnos admirados con el modo en que Jesús vive; somos llamados(as) a una entrega amorosa en la fe, a un compromiso cargado de esperanza, a un seguimiento orientado por el Espíritu de Dios. Nuestra vida de jóvenes cristianos y cristianas necesita ser sostenida por la misma espiritualidad de Jesús, apropiándonos de los mismos sentimientos de su corazón (Cf. Fil 2, 5ss).

La experiencia de Jesús, en el desierto, nos da algunas pistas interesantes para nuestro crecimiento en la espiritualidad que es como un “noviazgo” entre Dios amante y la persona amada. Es *don* que viene del corazón amante de Dios y espera nuestra *acogida*. Es un proceso de intimidad, de gracia iniciada con el descubrimiento de que Dios es una

persona, con quien podemos establecer un diálogo profundo, amar y ser amados(as) por Él. Sin embargo, ese proceso de intimidad no se da automáticamente, exige disciplina, ejercicio, tiempo de calidad para amar e ser amado (a). Necesitamos tener momentos diarios de oración silenciosa, de contemplación, de escucha para conocer lo que Dios quiere de nosotros (as). Necesitamos ir al “desierto” y hacer silencio para escuchar a Dios.

Jesús en búsqueda de su espiritualidad, necesitó discernir para acoger y responde a las aspiraciones que venían del encuentro con Dios y apartar aquellas que venían del tentador incentivándolo a elecciones contrarias al proyecto mesiánico. Así, tentado a “transformar piedras en panes” para satisfacer el hambre (Lc 4, 1 – 4), Jesús renuncia a obedecer al sistema y habla de la necesidad de alimentarse primero del pan de la Palabra de Dios, que siempre es invitación para el compartir y la solidaridad. Dios es el único sustento de la verdadera vida: este es el verdadero sentido de su ayuno. Jesús confía que el Padre va a sustentarlo en todos sus sufrimientos y tribulaciones. Él muestra que la persona humana vive de pan, pero no solamente de eso. Hay valores más profundos que traen realización y felicidad: la fidelidad a la voluntad de Dios, la justicia, la solidaridad con los sufridores...

En la segunda tentación (Lc 4, 5 – 8), Jesús es tentado a huir de su vocación de ser el mesías de los pobres: usar su autoridad para reinar a la manera política de la corte de aquella época. Jesús responde al sistema, reforzando su opción *kenótica* de una vida misionaria inserta en el mundo de los empobrecidos y excluidos. La política de Jesús es la del camino exodal-pascual, animada por la fuerza liberadora e inspiradora de la Palabra de Dios. Es fraterna y participativa. Su opción apunta para una solidaridad que nace de la compasión y se transforma en gestos concretos de misericordia.

En la tercera tentación (Lc 4, 9 – 12), Jesús es invitado a recurrir al poder, a lo extraordinario, a abusar de lo sagrado, aprovechando la religión para su propio prestigio, privilegio y orgullo. Es la tentación de hacer de su vida un pequeño teatro de lo divino y negar así su opción radical de *kénosis* – su descenso a los sótanos de los pobres más pobres. Jesús enfrenta todas las tentaciones con la Palabra Viva de Dios (Cf. Deut 6 – 8).

Al final de la tercera tentación, Lucas dice que “el diablo se alejó de él, para volver en el momento oportuno” (Lc 4, 13). La vuelta será en el momento de la cruz – el supremo asalto del diablo, pero también donde estalla la libertad profunda de Jesús y se revelan los rasgos auténticos de su filiación divina! Jesús, Hijo y siervo de Dios, discerniendo su mesianismo, vencerá la hostilidad a su misión: por su fe obediente y por el camino del amor mayor, liberando a las personas dominadas por la fuerza del mal.

El tiempo de la juventud es tiempo propicio para elaborar (o revisar) nuestro proyecto de vida, nuestras elecciones, nuestras opciones. Es momento de buscar nuestra integración humano-espiritual. Cristo es nuestro modelo e inspiración. La intimidad con Él nos hace sensibles a la presencia de Dios en nuestra vida. Es necesario cuidar de nuestra espiritualidad: la vida en el Espíritu de Cristo.

La espiritualidad es todo aquello que produce en nosotros (as) un cambio interior y nos hace más acogedores (as), compasivos (as), capaces de amar, de perdonar y de ser solidarios (as). Es nuestra dimensión divina en todo lo que es humano. Es el “despertar” de nuestro corazón para percibir la presencia amorosa de Dios en nosotros (as) y fuera de nosotros (as). Es la *experiencia gratuita de amor de Dios* y del proceso de su redención en nuestra vida. Cuando experimentamos que somos amados (as) por Dios, nos hacemos capaces de ver la realidad con los ojos amorosos de Jesús que descubría bellezas y posibilidades escondidas en el fondo de todas las personas y de las cosas. Cuando conseguimos contemplar lo diferente como riqueza de la manifestación de Dios, salimos victoriosos de las tentaciones y hacemos opciones coherentes con el discípulo(a) de Jesús, ya que poseemos el mismo Espíritu que animó y sustentó Jesús en las luchas y en los conflictos.

Deseosos (as) de escuchar a Dios que, en el desierto “habla al corazón” y de comprometernos con Él, impulsados (as) por su Espíritu continuemos nuestra jornada mística y espiritual, vigilantes y decididos, en el discipulado de JESÚS y bajo la protección materna de MARÍA.

Hna. María de Lourdes Augusta – PIDP

Traducción: Hna. Katuska Serafín Nieves - SJT

